

La enciclopedia del recuerdo

Especial para esta Revista

Hace diez años León Pierre-Quint publicó uno de los libros más seductores que es posible leer en la ya copiosa bibliografía proustiana: "Cómo trabajaba Marcel Proust". Entonces este gran clínico de las emociones humanas estaba en la plenitud cenital de su gloria. Hoy las nuevas generaciones intelectuales le son infieles; se le hacen las más extravagantes acusaciones. Pero Francia no deja enterrar a sus grandes muertos. En la hora más inesperada se funda, por ejemplo, la sociedad de amigos de Danton o de Rabelais.

Hoy Pierre-Quint ha emprendido nuevamente la lectura de Proust y nos está entregando sus emociones desde la Revista "Europa", en páginas de una deslumbradora belleza. "Se ama un libro —declara el sagaz crítico— como un paisaje o un ser humano; basta vivir un cierto tiempo con él para que el amor desaparezca: se ha disipado su misterio. Pasado el tiempo renace en nosotros el deseo de encontrar otra vez el sér amado, de volver sobre los lugares de la infancia, de confrontar las impresiones antiguas de una lectura, que no ha cesado por lo demás de trasformarse en nosotros, y buscamos allí las impresiones que han de suscitarnos nuevamente". En los latifundios intelectuales de Marcel Proust hay siempre encantadores rincones donde es dulce pasearse sin que nadie nos distraiga.

Los hombres nuevos de izquierda acusan a Proust de falta de sensibilidad social. Su copiosa obra literaria es, en apariencia, una crónica de la aristocracia francesa. Se trata de un juicio superficial. En el fondo de su obra hay un inmenso desdén por los salones cortesanos. De él pudiéramos decir que no es un aprovechador del régimen sino un crítico. El propio

Proust se anticipó a responder a sus impugnadores: "Los tontos se imaginan que las gruesas dimensiones de los fenómenos sociales son una excelente ocasión de penetrar profundamente en el alma humana; ellos debieran saber, al contrario, que es descendiendo profundamente en la individualidad como puede realizarse la aventura de conocer estos fenómenos". Se trata, por lo demás, de un concepto demasiado estrecho del arte. Para Marcel Proust los grandes episodios de la revolución y del imperio comportan sin duda un número de consecuencias históricas, pero tienen mucho menos importancia que el canto de un pájaro o el leve paso de una brisa que inspiraron a Chateaubriand ciertas páginas de sus "Memorias de Ultra-Tumba". Es posible olvidar el sitio del Salón de los Espejos en el Palacio de Versalles donde se firmó el Armisticio, pero no aquel paraje Combray, resplandeciente como una joven desposada, donde Proust lloró las infidelidades de Albertina.

Uno de los aspectos fundamentales de Proust es la sutil asociación de los colores, de los perfumes y de los sonidos con la maravillosa trama de la sensibilidad y del recuerdo. Esto es típicamente baudelariano. Benjamín Cremieux ha descubierto en el olvidado Maupassant las raíces de esta fecunda teoría psicológica. Pero Proust hizo de ella el fundamento mismo de su vida. Los objetos que nos rodean modifican nuestros sueños, porque movilizan otra serie de recuerdos. La memoria se pasea en una atmósfera húmeda de lluvia. Baudelaire hubiera dado lo mejor de su obra por esta evocación de Albertina: "Su risa suena como los primeros de los últimos acordes de una fiesta desconocida". Esa música a la vez tierna, dulce y sollozante se enreda como un hilo de plata a través de toda su obra. La misteriosa sonata que recogió Proust de aquellos labios esquivos es inmortal como el perfume de la rosa de Lahor que hizo conmovér el congelado corazón de Leconte de Lisle: "Mon cœur est embaumé d'une odeur immortelle". ¡Si no volviéramos a oír los acordes de esa adorable sonata...! Pero el universo de la vigilia no tiene más que dimensiones ideales y la llave de los sueños abre en nuestro espíritu caminos secretos y precipicios infinitos. Es posible olvidar, pero no del todo. En un momento perdido, en un amanecer cualquiera, aparece en la fugitiva venta-

na de un tren, en la calle o en una fiesta mundana, el diamante diluido en champagne de unos ojos que creíamos ya perdidos: el recuerdo moviliza en nosotros todo el mundo de la sensibilidad. ("Mujer peligrosa de climas seductores...!") Volvemos a vivir en los sueños la realidad más intensamente que nunca. La memoria inmoviliza el curso de los días. Nos damos cita a horas determinadas con las imágenes del pasado. Hay vidas, como la de Dominique, en la novela de Fromentin, ancladas en un recuerdo.

Toda la obra de Proust parece escrita para rectificar sus propias experiencias. En páginas sutiles y poderosas como el opio, trató de demostrarnos que era posible olvidar a una persona amada. El amor como el odio ocupan un lugar en el corazón: basta reemplazarlos para que desaparezcan. En su cuarto de enfermo, donde flotaban como un incienso el olor y el perfume de las drogas, Marcel Proust desmontaba su propia personalidad con una calma infinita. "Allí, anota uno de sus biógrafos, mostraba su propia disolución, su tendencia oscura y demasiado frecuente a este estado de no-yo, donde uno se libra de todo lo que encadena, de la alegría y del dolor, de la naturaleza, de los hombres y de sí mismo". Se trata de una simple apariencia. Proust fue el esclavo de su memoria. En vez de sepultar sus pasiones sucesivas éstas lo dominaban de manera tiránica. Hay más dolor en la descripción que nos hace de las traiciones de Odette, que en el tormento que le produjeron las infidelidades de su amiga.

La obra de Proust pudiera titularse "La enciclopedia del Recuerdo". Su autor la tituló: "A la búsqueda del tiempo perdido". Este nombre sugestivo encierra por sí mismo una maravillosa lección. Todo vive en nosotros; no hay horas perdidas. El ocio es fecundo. La mejor porción de su vida la pasó Proust en los salones de la aristocracia francesa, escuchando las interminables banalidades de estas cabezas vacías. Pierre-Quint describe así la vida terrible de los hombres de salón: "El esnobismo llegó a ser aquí una verdadera pasión, violenta y tiránica, análoga a la del juego o la del alcohol; en medio de la excitación perpetua que arrastra a estas gentes de mundo, de visita en visita, de recepción en recepción, se sacrifican los sentimientos más tiernos; los ami-

gos que no pueden seguir la marcha, se olvidan; nadie tiene tiempo de pensar en los que desaparecen; la muerte no tiene sitio en medio de estas fiestas. Proust no se ha engañado al pensar que, considerada desde el punto de vista artístico, la vida de estos ociosos no presenta menos interés que la de un obrero o la de un pequeño boticario". Cualquier personalidad que no fuera la de Proust se hubiera perdido en este medio irrespirable, como ocurrió con el propio conde Roberto de Montesquieu, el señor Charlus de sus novelas. Enfermo y cansado, en plena madurez intelectual, Proust comprende que puede dejar una gran obra imperecedera: para lograrlo le basta evocar sus años ociosos, contar con incomparable magia todos los actos que colmaron su divina pereza. Casi con desesperación se lanzó, entonces, a perseguir el tiempo perdido. Y así dejó una obra tan rica, matizada y jugosa como la de sus compañeros de generación que aprovecharon todas sus horas: un Barrés, un France. Siempre es posible encontrar el tiempo perdido. Para ser imperecedero no es preciso ocuparse de las transacciones de la bolsa, de la economía dirigida, de los negociantes de armas, de la concepción materialista de la historia. Vale más evocar en un estilo coloreado por la luna la arena movediza donde la conciencia humana ha construido sus palacios frágiles, a la orilla del infinito.

Nuevamente aborda en este libro Pierre-Quint el tema escabroso de los amores de Proust. En su primer ensayo esta frase le dio la clave de sus extraviadas pasiones: "Lo que los sodomistas llaman el amor, dimana, no de un ideal de belleza que ellos han elegido, sino de una enfermedad incurable". A diferencia de Gide que encuentra en sus "falsos monederos" a los acuñadores del puro amor griego por la belleza, Proust sentía un dolor infinito al encontrarse culpable. Un día Gide protestó, cerca al novelista, de encontrar su Sodoma desfigurada y afrentosa. "Yo he infundido a mis niñas en flor toda la gracia y la juventud que he podido encontrar en mis recuerdos; no me ha quedado nada puro ni delicado para pintar a los sodomistas". Aunque Albertina, discurre en el ambiente maravilloso del ideal, la Sodoma de Proust es terrible y alucinante. Leopardi encontró el único

placer de su vida narrando la infinita desolación de todas las cosas.

Hace cinco años que no releemos una sola página de Proust. Estas notas se mueven en el mundo confuso de los recuerdos.

SILVIO VILLEGAS

